



El Costo Económico de la Violencia: El Caso de Colombia¹

Carlos Díaz, académico y director Magíster en Economía, Facultad de Economía y Negocios, UAH y Jorge Orozco, Intern Country Management Unit - Grupo Banco Mundial en Colombia, magíster en Economía, UAH.

El atentado contra el precandidato presidencial Miguel Uribe Turbay revive los peores fantasmas de la violencia en Colombia. Este no es un hecho aislado: es un recordatorio brutal de un pasado que aún no termina de irse.

Aunque la violencia en Colombia es un fenómeno complejo que requiere un enfoque multifacético, su impacto en la sociedad ha sido devastador, cobrando innumerables vidas y frenando el progreso del país.

Las consecuencias económicas tampoco han sido menores: un estudio reciente estima que, de haberse evitado la violencia ligada a guerrillas, paramilitares y carteles de droga entre la formación de los carteles de Medellín y Cali (1976) y la muerte de Pablo Escobar (1993), el PIB per cápita de Colom-

bia habría sido aproximadamente un 30% más alto. La violencia no solo ha dejado una profunda herida social, sino que ha significado décadas de crecimiento perdido y oportunidades truncadas.

Conflicto y desarrollo económico

En 2012, los premios Nobel Daron Acemoglu y James A. Robinson, plantearon una pregunta fundamental: “¿Por qué fracasan los países?”. La respuesta a esta interrogante, centrada en el papel decisivo de las instituciones, ha dejado una huella profunda en el campo de la economía y la ciencia política. Acemoglu y Robinson (2012) argumentan que las instituciones —las reglas formales e informales que organizan las interacciones humanas— son el factor determinante para el éxito o el fracaso de una nación.



Esta explicación, a la vez simple y profunda, destaca la importancia de la estabilidad institucional y el impacto de los conflictos sobre el tejido económico, político y social de las sociedades. Los países que carecen de instituciones inclusivas, que promuevan la equidad y el desarrollo, enfrentan enormes dificultades para prosperar.

Basta con repasar algunos de los mayores conflictos de la historia universal para entender el alcance de esta influencia. Las dos guerras mundiales, las cruzadas medievales, la expansión del Imperio Romano o la conquista europea de América, por mencionar solo algunos, dejaron secuelas profundas en los países involucrados, transformando sus economías y sociedades de manera irreversible. Hoy en día, los combates en Ucrania, las tensiones geopolíticas entre Estados Unidos y China, y los continuos conflictos armados en África, siguen demostrando que la herida del conflicto no ha sanado. En muchos casos, los efectos de estas confrontaciones se extienden más allá de lo económico, afectando la estabilidad política, la cohesión social y el bienestar de millones de personas.

Un conflicto interno prolongado inflige daños profundos a la economía, especial-

mente cuando está acompañado de altos niveles de violencia. Este tipo de situaciones se asocia empíricamente con bajos ingresos per cápita y un crecimiento económico limitado (Blattman y Miguel, 2010; Rohner y Thoenig, 2021). Aunque algunos conflictos pueden originarse incluso por choques económicos positivos o políticas económicas deseables (Dal Bó y Dal Bó, 2011), sus consecuencias para el crecimiento suelen ser más devastadoras que las de las crisis financieras, bancarias o cambiarias (Mueller, 2012).

Los conflictos interrumpen el crecimiento y el desarrollo a través de diversos canales y mecanismos, afectando gravemente las condiciones de vida en múltiples dimensiones (Rohner y Thoenig, 2021). Entre los efectos más documentados se encuentran el deterioro en salud y educación (Akresh et al., 2012; Soares, 2006; Chamarbagwala y Morán, 2011; Shemyakina, 2011), el desplazamiento forzado (Becker et al., 2020), los daños a la infraestructura (Davis y Weinstein, 2002; Miguel y Roland, 2011) y la ruptura del tejido social (Dell y Querubin, 2018; Voigtländer y Voth, 2012). Cuantificar estos costos es esencial para diseñar políticas de reparación, redistribución equitativa y promoción de una paz sostenible.

¿Cómo estudian los economistas el impacto de los conflictos en el crecimiento?

La literatura sobre los efectos de los conflictos ha experimentado avances significativos, en gran parte impulsados por los aportes metodológico del influyente trabajo de Abadie y Gardeazabal (2003). Este estudio marcó un punto de inflexión al introducir el método de control sintético, una herramienta poderosa para cuantificar el impacto de eventos como los conflictos armados.

Este enfoque permite comparar la trayectoria real de un país afectando por un conflicto con una contrafactual en lo que habría ocurrido en ausencia de este. A través de la construcción de un “país sintético” —una combinación ponderada de unidades no afectadas— el método aísla con mayor precisión los efectos económicos atribuibles al conflicto. En consecuencia, el control sintético se ha consolidado como una técnica robusta y ampliamente utilizada para responder a la pregunta contrafactual clave: “¿Qué habría pasado si el conflicto no hubiera ocurrido?”. El proceso de construcción de un control sintético comienza con la selección de dos tipos de variable que son de impactos y predictoras. Una variable de impacto común es el PIB per cápita, por su capacidad para reflejar directamente el bienestar económico de un país. Las variables predictoras, en cambio, comprenden factores como la tasa de inversión, el nivel de capital humano, el desempeño sectorial y otros indicadores macroeconómicos relevantes.

Posteriormente, se elige un conjunto de países que no hayan atravesado un conflicto comparable durante el período de estudio y cuyas características económicas sean lo suficientemente similares como para servir de referencia contrafactual. En el caso de Colombia, introdujimos un mecanismo de selección en dos etapas. Primero, excluimos economías con niveles de desarrollo extremos muy ricos o pobres, así como aquellas



afectadas por crisis severas o regímenes de planificación central. Luego, restringimos la muestra a países con baja o nula actividad terrorista durante el mismo periodo. Estos filtros nos permitieron construir un “grupo donante” adecuado para replicar las condiciones económicas de Colombia, aislando así el efecto del conflicto armado sobre su desempeño económico.

La literatura especializada ha demostrado la magnitud de los efectos que los conflictos tienen sobre las economías. En el País Vasco, Abadie y Gardeazabal (2003) estimaron que el terrorismo en esta región redujo el PIB per cápita en un 10%. En Israel, Horiuchi y Mayerson (2015) calcularon que la Segunda Intifada causó una disminución del 8,6% en el PIB per cápita. En Italia, Pinotti (2015) atribuyó a la actividad del crimen organizado un costo equivalente al 16% del ingreso individual. Estos estudios ilustran cómo la violencia y la inestabilidad pueden afectar no solo a la economía en términos

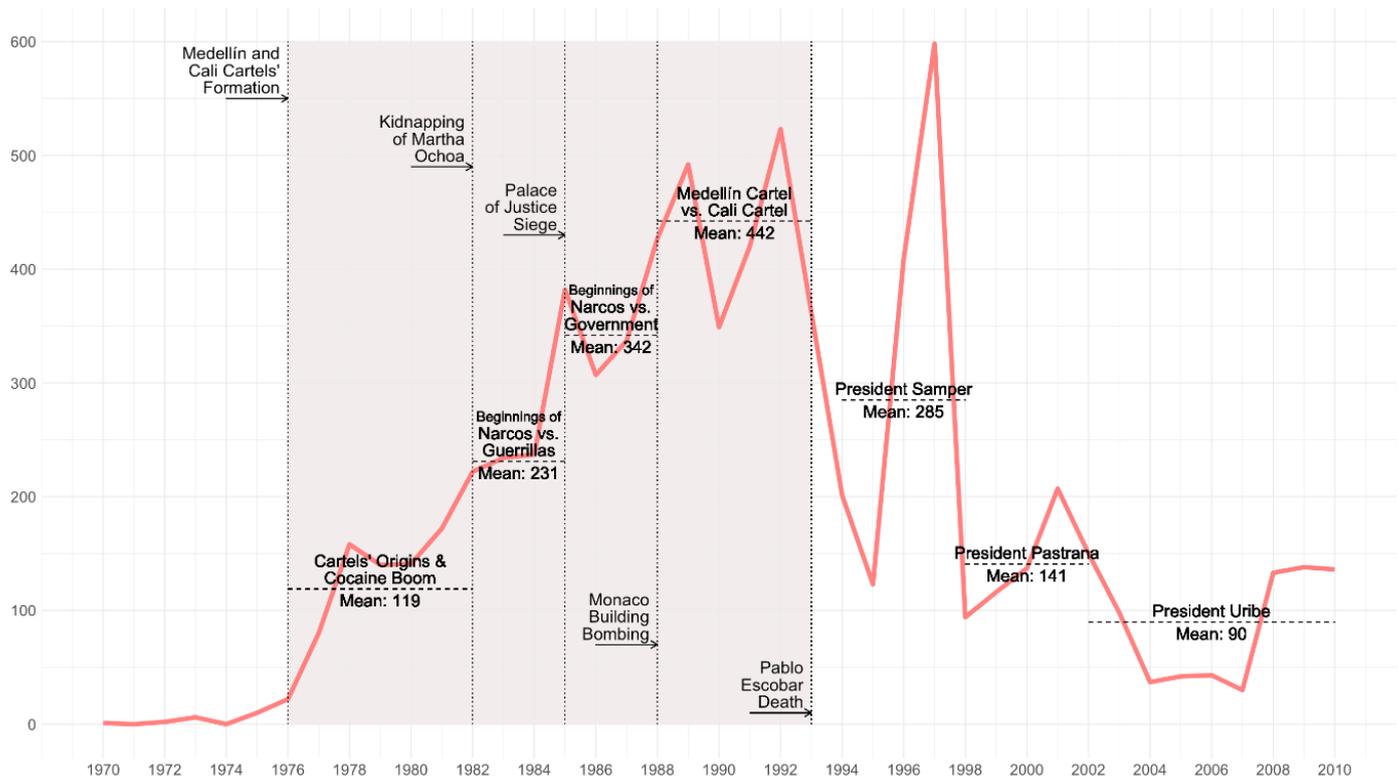
cuantificables, sino también a otros aspectos fundamentales como la calidad de vida y la cohesión social.

Sin embargo, más allá de las cifras económicas, el impacto de los conflictos no se mide solo en términos de pérdidas monetarias, sino también en el precio social y humano de la inestabilidad. La fractura de la confianza social, la ruptura del tejido comunitario y la devastación de vidas humanas son efectos que no se reflejan fácilmente en los indicadores económicos. Aunque es esencial cuantificar los costos de los conflictos para entender su impacto y buscar soluciones, las cicatrices emocionales y sociales de estos eventos son igualmente profundas. En el caso colombiano, la prolongada violencia, que ha azotado al país durante más de seis décadas, ha dejado huellas imborrables en la sociedad. Más allá de los cálculos económicos, las vidas de millones de personas han sido marcadas por el dolor, la pérdida y la inseguridad.

El conflicto armado en Colombia

En Colombia, los efectos de la violencia y los conflictos son especialmente complejos. Desde la década de 1950, el país ha vivido una serie de tensiones políticas y sociales que culminaron en lo que muchos han considerado un conflicto armado prolongado y multidimensional. Uno de los primeros y más significativos eventos de esta violencia fue el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, un asesinato que desató una ola de violencia política conocida como “La Violencia”. A partir de ese momento, Colombia vivió en un estado de tensión constante, con pequeños estallidos de violencia, la formación de grupos insurgentes y una guerra civil encubierta que dejó miles de muertos y desplazados. Aunque la magnitud de la violencia aumentó a lo largo de las décadas siguientes, el país sigue enfrentando los efectos de este conflicto, cuyos costos aún son difíciles de dimensionar completamente.

Figura 1: Número de ataques terroristas anuales en Colombia



Fuente: Global Terrorism Database, 2023.

Sin embargo, el conflicto armado en Colombia adquirió una nueva y devastadora dimensión con la aparición de actores inéditos: los carteles de narcotráfico. A partir de su consolidación en las décadas de 1970 y 1980, estos grupos organizados no solo desafiaron la autoridad del Estado, sino que también introdujeron una forma de violencia sin precedentes. La ya frágil estabilidad institucional del país se rompió por completo, sumiéndose en una espiral de violencia que afectó todos los niveles de la sociedad. Atentados terroristas en distintas ciudades, asesinatos a plena luz del día, y bombardeos a edificios emblemáticos del Estado como el Palacio de Justicia, se convirtieron en una constante. El asesinato sistemático de jueces, periodistas, militares, policías y civiles se transformó en una pesadilla diaria para los colombianos.

La alianza entre los grupos insurgentes y los narcotraficantes redefinió por completo la naturaleza del conflicto, dando lugar a una cultura criminal que no solo afectó la política, sino también el comportamiento social y la economía del país. Esta nueva realidad convirtió a Colombia en un campo de batalla entre intereses políticos y económicos, con el narcotráfico como una de las principales fuerzas desestabilizadoras. La influencia del narcotráfico se extendió por todo el territorio, desde las grandes ciudades hasta las regiones más apartadas, con efectos devastadores en la estructura social y económica del país. Esta cultura criminal dejó secuelas que aún hoy se manifiestan en diferentes formas, desde el auge del crimen organizado hasta la persistente violencia en ciertas zonas del país.

¿Qué habría sido del crecimiento de Colombia en ausencia de conflicto armado?

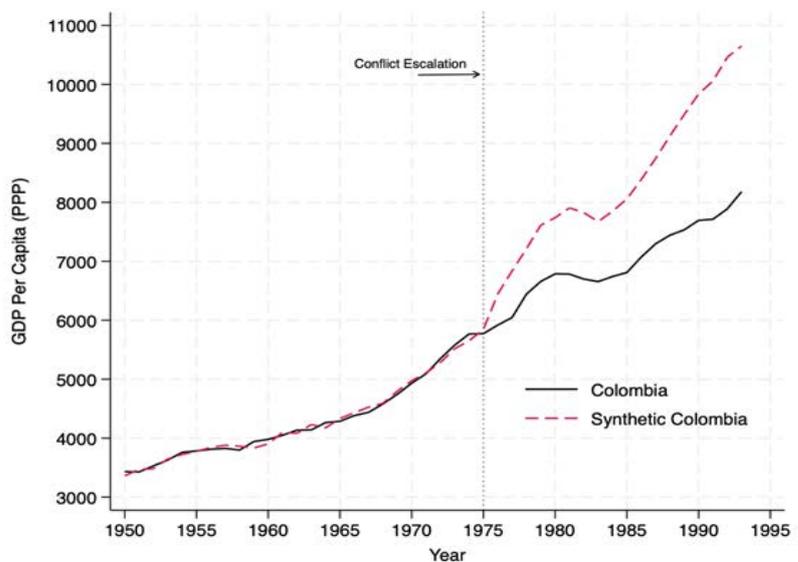
En el contexto de nuestro estudio, empleamos la metodología de control sintético para estimar el costo económico de la violencia en el conflicto armado colombiano, centrándonos en un periodo crucial que abarca desde 1950 hasta 1993. Utilizamos datos de PIB

per cápita, ratios de inversión, indicadores de capital humano y otros factores relevantes para construir una “Colombia sintética”, que nos permitió simular cómo habría sido la economía del país sin la intensificación de la violencia que comenzó en la década de 1970. A través de este método, aislamos el periodo de mayor conflicto, que alcanzó su punto álgido a principios de los 90s, y encontramos que, de no haberse dado este trágico episodio, cada colombiano habría sido un 30% más rico. Este impacto no solo refleja una enorme pérdida económica, sino que también señala una interrupción drástica en la senda de crecimiento del país, con conse-

cuencias de largo plazo en la economía y el bienestar social.

El análisis de este periodo oscuro no solo revela una pérdida cuantificable del 30% en el PIB per cápita —una cifra colosal desde el punto de vista económico—, sino que también simboliza un quiebre profundo en el tejido social de Colombia. La violencia y la inseguridad que generó este conflicto no solo afectaron la estructura económica, sino que fragmentaron la cohesión social, minaron la confianza en las instituciones y, lo más importante, destruyeron millones de vidas. El daño causado por esta violencia ha tenido

Figura 2: Estimación del costo económico. Colombia vs Colombia sintética



repercusiones generacionales, marcando de manera indeleble el desarrollo del país durante las décadas siguientes.

Nuestro estudio sugiere un escenario diametralmente opuesto al observado en la realidad de Colombia, el cual está representado por la línea punteada roja en nuestra simulación. Este escenario refleja la posibilidad de un país con un nivel de riqueza mucho mayor, en el que la convergencia económica regional con sus vecinos habría permitido a Colombia alcanzar niveles de desarrollo económico similares a los de países como Chile, Argentina, Costa Rica y México. En este escenario alternativo, la economía colombiana habría sido más productiva y robusta, con menores niveles de pobreza y un capital humano mejor preparado para enfrentar los retos del futuro. Además, una sociedad con más oportunidades habría permitido a las futuras generaciones prosperar, sin las sombras de la violencia que interrumpieron el avance del país durante tantas décadas.

Este camino alternativo no solo plantea una Colombia más rica, sino también más justa, donde las desigualdades sociales y económicas se habrían reducido gracias a políticas inclusivas y a un desarrollo sostenido en todos los sectores. Un país que no se hubiera visto atrapado en el ciclo destructivo del conflicto armado, sino que hubiera podido avanzar con estabilidad, construyendo una democracia sólida y prosperando en armonía con el resto de América Latina. Este contraste subraya la importancia de las decisiones institucionales y del contexto político en el desarrollo de una nación.

En definitiva, no se equivocan Acemoglu y Robinson al afirmar que las instituciones, y la estabilidad institucional en particular, juegan un rol crítico para evitar que los países fracasen. Como demostramos en nuestro estudio, la violencia y la inestabilidad institucional pueden tener efectos devastadores, no solo a nivel económico, sino también en la cohesión social y el bienestar de las personas. La falta de instituciones inclusivas y eficaces, capaces de garanti-

zar la seguridad y promover el desarrollo, puede condenar a un país a vivir en un ciclo de conflictos interminables, como el que ha experimentado Colombia.

Reflexión final

Colombia continúa enfrentando serios desafíos derivados de la violencia y el narcotráfico. Episodios recientes, como la crisis en el Catatumbo —donde grupos insurgentes desmovilizados han retomado las armas— y el resurgimiento de actores terroristas vinculados al narcotráfico, siguen amenazando la ya frágil estabilidad institucional del país. En muchas regiones, la población civil permanece atrapada en medio de estos conflictos, lo que deteriora la seguridad y el bienestar comunitario. Más recientemente, el precandidato presidencial Miguel Uribe Turbay fue víctima de un atentado perpetrado por un sicario, que le provocó múltiples heridas de bala y lo mantiene, al momento de escribir estas líneas,

en estado crítico. Este hecho evoca para muchos colombianos los años más oscuros entre las décadas de 1980 y 1990, cuando varios candidatos presidenciales fueron atacados —como Jaime Pardo Leal (1987), Luis Carlos Galán (1989), Bernardo Jaramillo Ossa y Carlos Pizarro Leongómez (1990)—, y periodistas como Diana Turbay, madre de Miguel Uribe, fue secuestrada y asesinada por el Cartel de Medellín en 1991. Este contexto refuerza la urgencia de implementar medidas concretas para evitar que Colombia recaiga en el ciclo de violencia. Estudios académicos como el nuestro ofrecen evidencia robusta para respaldar políticas orientadas a construir una sociedad más pacífica, estable y próspera, en la que el progreso no vuelva a ser truncado por el conflicto armado.

Más allá del caso colombiano, los conflictos armados imponen costos profundos y duraderos sobre las economías, las instituciones y las sociedades. No solo afectan

“

Un estudio reciente estima que, de haberse evitado la violencia ligada a guerrillas, paramilitares y carteles de droga entre 1976 y la muerte de Pablo Escobar en 1993, el PIB per cápita de Colombia habría sido aproximadamente un 30% más alto”



las cifras macroeconómicas: erosionan la cohesión social, debilitan el capital humano y frenan el desarrollo durante generaciones. Si bien Colombia ofrece un caso paradigmático de cómo la violencia prolongada puede desviar a un país de una trayectoria de prosperidad, las lecciones se extienden al resto de la región. Remanentes de grupos armados persisten y el crimen organizado

sigue expandiéndose en América Latina, donde autoridades estatales y políticos, en no pocos casos, comparten espacios de poder con organizaciones criminales (Feldmann y Luna, 2022). Las formas de violencia analizadas en este artículo, vinculadas en gran medida al narcotráfico, subrayan la urgencia de afrontar estos desafíos en evolución. El impacto sobre el aparato productivo

y las condiciones de vida es profundo y demanda respuestas de política pública integrales y estratégicas. Reflexionar sobre los costos de la inestabilidad económica no es un mero ejercicio académico: es una invitación a prevenir nuevas formas de violencia y a construir un futuro donde el desarrollo no tenga que competir con el conflicto. **OE**

(1) Esta columna está inspirada en los resultados de nuestro paper "The impact of violence on economic growth: Evidence from Colombia's armed conflict".

Referencias:

- Abadie, A., & Gardeazabal, J. (2003). *The economic costs of conflict: A case study of the Basque Country*. *American Economic Review*, 93(1), 113-132.
- Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2012). *Why nations fail: The origins of power, prosperity, and poverty*. Crown Business.
- Akresh, R., Bhalotra, S., Leone, M., & Osili, U. O. (2012). *War and stature: Growing up during the Nigerian civil war*. *American Economic Review*, 102(3), 273-277.
- Becker, S. O., Grosfeld, I., Grosjean, P., Voigtländer, N., & Zhuravskaya, E. (2020). *Forced migration and human capital: Evidence from post-WWII population transfers*. *American Economic Review*, 110(5), 1430-1463.
- Blattman, C., & Miguel, E. (2010). *Civil war*. *Journal of Economic Literature*, 48(1), 3-57.
- Chamabagwala, R., & Morán, H. E. (2011). *The human capital consequences of civil war: Evidence from Guatemala*. *Journal of Development Economics*, 94(1), 41-61.
- Dal Bó, E., & Dal Bó, P. (2011). *Workers, warriors, and criminals: Social conflict in general equilibrium*. *Journal of the European Economic Association*, 9(4), 646-677.
- Davis, D. R., & Weinstein, D. E. (2002). *Bones, bombs, and break points: The geography of economic activity*. *American Economic Review*, 92(5), 1269-1289.
- Dell, M., & Querubin, P. (2018). *Nation building through foreign intervention: Evidence from discontinuities in military strategies*. *The Quarterly Journal of Economics*, 133(2), 701-764.
- Feldmann, A. E. and Luna, J. P. (2022). *Criminal governance and the crisis of contemporary Latin American states*. *Annual Review of Sociology*, 48(1):441-461.
- Horiuchi, Y., & Mayerson, A. (2015). *The opportunity cost of conflict: Statistically comparing Israel and synthetic Israel*. *Political Science Research and Methods*, 3(3), 609-618.
- Miguel, E., & Roland, G. (2011). *The long-run impact of bombing Vietnam*. *Journal of Development Economics*, 96(1), 1-15.
- Mueller, H. (2012). *Growth dynamics: The myth of economic recovery: Comment*. *American Economic Review*, 102(7), 3774-3777.
- Pinotti, P. (2015). *The economic costs of organized crime: Evidence from Southern Italy*. *The Economic Journal*, 125(586):F203-F232
- Rohner, D., & Thoenig, M. (2021). *The elusive peace dividend of development policy: From war traps to macro complementarities*. *Annual Review of Economics*, 13(1), 111-131.
- Shemyakina, O. (2011). *The effect of armed conflict on accumulation of schooling: Results from Tajikistan*. *Journal of Development Economics*, 95(2), 186-200.
- Soares, R. R. (2006). *The welfare cost of violence across countries*. *Journal of Health Economics*, 25(5), 821-846.
- START. (2022). *National Consortium for the Study of Terrorism and Responses to Terrorism's Global Terrorism Database: 1970-2020 data file*.
- Voigtländer, N., & Voth, H.-J. (2012). *Persecution perpetuated: The medieval origins of anti-Semitic violence in Nazi Germany*. *The Quarterly Journal of Economics*, 127(3), 1339-1392.